

Prefiero sumar, tres lenguas y tres culturas son mejor que dos, Juan Goytisolo

Goytisolo defiende la literatura frente al producto comercial

15/11/2005 - Autor: G. Olea - Fuente: Norte de Castilla

El tiempo y la distancia han convertido a Juan Goytisolo en un observador de excepción de la naturaleza humana, que sigue, a su juicio, exhibiendo las mismas debilidades y cotas de maldad que a mediados de la década de los cincuenta le llevaron a exiliarse en París. El escritor, que presentará mañana en Barcelona el primer volumen de los siete que conforman sus *Obras Completas (Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores)*, ha participado en un homenaje en el Instituto Cervantes de París. Allí se analizaron las aportaciones de un autor que hace tiempo abandonó las fronteras de la literatura para denunciar, a través del ensayo o el reportaje, las injusticias y el drama de las sociedades pobres y arruinadas.

-¿Queda algo del París que conoció?

-Queda la obsesión securitaria, pero eso ya lo viví cuando llegué allí; eran los tiempos de la guerra de Argelia y ocurría lo mismo. Había amigos españoles a los que detenían a cada paso porque tenían pinta de moros. Ahora, en cambio, sé de una persona que fue detenida con motivo de un robo a la que la primera pregunta que le hicieron fue si era cristiano o musulmán. Me pregunto qué tiene que ver el origen étnico y religioso con un delito.

-La elección de Señas de identidad para abrir el encuentro del Cervantes no parece casual, porque viene a ser una exposición del espanto tras la Guerra Civil.

-Era el mundo de la emigración española, con sus ensueños y sus contradicciones, sus peleas minúsculas, pero al mismo tiempo fue la novela que me permitió tomar distancia con el régimen. Desde entonces he intentado intervenir lo menos posible en la vida política española.

-¿Le preocupa que esta etapa reciente de España se olvide?

-Es la cruel reiteración de la Historia. Lo vi en el Cáucaso o en Chechenia hace nueve años. Llevaba conmigo *Hadji Murat*, la novela póstuma de Tolstoi, y me pareció impresionante leer un texto escrito un siglo antes y observar los mismos lugares y la misma brutalidad.

-¿Se ha superado el cainismo político español?

-Bueno, debo decir que el cambio político ha sido un alivio, aunque no se están resolviendo los problemas que plantean los nacionalismos periféricos. Aun así, sostengo al Gobierno de Zapatero frente a lo que había antes.

Nuevos autores

-¿Cómo observa la reiteración de los mismos lemas: nacionalismo, unidad de la patria...?

-Introducir las emociones patrióticas, los agravios, los derechos históricos, conceptos tan vagos como el de nación en el debate político me parece peligroso. Se debe buscar una solución intermedia entre el proyecto más o menos centralista de Azaña con el federal de Pi i Margall.

-Presentó en París a autores jóvenes. ¿Se ve obligado a apadrinar a nuevos literatos?

-Es una defensa del texto literario frente al producto editorial. Hoy es muy difícil para un escritor joven abrirse paso, porque las editoriales quieren libros que se vendan, solo aspiran a publicar campeones de ventas, mientras que los textos literarios quedan completamente desprotegidos. La censura comercial es mucho más fuerte que la política con Franco.

-Usted y Sami Nair escribieron en el 2000 un libro casi profético sobre los riesgos que suponía la política de represión y marginación de los inmigrantes africanos. ¿Se quedaron cortos?

-Lo peor es la marginación. Yo he vivido durante la mayor parte de mi estancia en París en un barrio del Segundo Distrito donde los franceses son un elemento más. Es un barrio de judíos y armenios, luego llegaron masivamente los españoles y se fueron, llegaron los portugueses y se fueron... Los turcos, en cambio, se quedaron. Hay un crisol de nacionalidades y lo extraordinario es que comunidades enfrentadas en sus países de origen no tuvieron jamás el menor roce. He aprendido tanto de diversas ciudades, como Nueva York o París, como de Cervantes o Fernando de Rojas.

-Ventajas de la convivencia.

-Sí, son formas de vida estimulantes. Cuando vivía allí hablaba relativamente bien el árabe dialectal del Magreb y cuando llegaron los turcos, durante cuatro o cinco años iba todas las tardes a un centro de refugiados, charlaba con gente joven y recibía clases de turco. Como ellos vinieron a mi barrio, decidí aprender su idioma. Prefiero sumar, jamás restar: tener dos lenguas y dos culturas es mejor que tener una, y tener tres es mejor que tener dos. Las comunidades que se cierran sobre sí mismas, buscan sus esencias ancestrales y mantienen unas identidades icónicas fijas, están condenadas al estancamiento y a la inmovilidad.

-¿Lo de Ceuta era previsible?

-Las proximidades de Ceuta y Melilla se estaban convirtiendo desde hace varios años en algo parecido a lo que vi en California y Tijuana, una zona fronteriza en la que, en un lado, están el sueño americano o el europeo, y al otro lado, la miseria de toda América o de toda África. Pedir a Marruecos que controle 3.200 kilómetros de frontera es absurdo.

-Nadie podrá detener a los hambrientos camino hacia el Norte.

-Es imparables, la humanidad sigue la dirección de sus zapatos y nadie puede reprocharles que busquen un modo de vida decente. Marruecos es un lugar de paso y con las dificultades al tráfico de pateras se ha convertido en una sala de espera de desesperados.

-Sigue sintiéndose un autoexiliado, un «español sin ganas», como confesó en una ocasión.

-Lo dije porque me repugna tener ganas de ser algo. Me gusta una frase de Luis Cernuda: «Uno es español, pero no hay que andar por ahí españoleando». O vasqueando, o catalaneando. Para un escritor, es conveniente tener cierta sensación de apátrida, uno pertenece a una comunidad lingüística y nada más. G. O. BARCELONA

-En los últimos años ha ejercido como articulista o ensayista y se ha desplazado a Chechenia, Sarajevo o Palestina. ¿Sentía deseos de palpar la realidad?

-Era una conciencia muy aguda del engaño total de la primera Guerra del Golfo, y la búsqueda de una verdad tras las mentiras oficiales. Las tres veces que fui a Sarajevo comprobé cómo los grandes medios informativos ocultaban la verdad, algo increíble. Estuve en los territorios ocupados por Israel y en Argelia, donde vi la guerra entre islamistas radicales y un ejército poco escrupuloso con la población, que convirtieron una guerra civil en una guerra contra los civiles.

-Fue testigo de cómo crecía el islamismo más radical.

-Tanto en Bosnia como en Chechenia me cruzaba con voluntarios árabes que luego pasaron a formar parte de la yihad islámica. Lo ocurrido tras el 11-S no es una sorpresa.

-Vuelve al intelectual que observa y participa en lugar de quedarse encerrado.

-Soy un hijo de la Guerra Civil, que afectó de forma terrible a mi familia. No he ido a esos lugares por aventura o porque me guste el peligro, sino porque tenía una conciencia muy clara de cuáles eran los problemas del mundo que se avecina. El resultado es decepcionante, siento una lucidez pesimista sobre la especie más bien inhumana. Siempre me han gustado las voces rebeldes que rompen la indolencia de lo establecido.